

Unidos, se vió precisada á replegarse hácia la loma que se hallaba á la espalda, donde se reunió toda, á excepcion de una parte del regimiento de coraceros que, con su bizarro coronel D. Francisco Gütian, se confundió con los norte-americanos, y traspasando su campo, salió, luchando sin cesar, por el rumbo del Saltillo.

Fué tal la decision con que las tropas mejicanas acometieron, que Taylor, con la franca sinceridad de un leal soldado dice á su Gobierno: «El segundo regimiento Indiana, que habia retrocedido en desórden, pudo volverse á reunir y no tomó de nuevo parte en el combate. Quedando forzada esta parte de nuestra línea, y apareciendo los mejicanos en número crecido contra nuestro flanco izquierdo, las tropas ligeras norte-americanas se vieron obligadas á retirarse. Hubo muchos dispersos que no volvieron á reunirse hasta llegar al depósito de Buena vista. El regimiento del coronel Vissell, 2.º Illinois, al que se habia reunido una seccion de la batería del capitán Sherman, se encontró completamente flanqueado, y se vió obligado á retirarse. Los mejicanos por este tiempo arrojaban continuamente masas de infantería y caballería por el pié de la montaña, é iban ganando nuestra retaguardia á gran prisa.» Taylor llegaba en aquellos momentos del Saltillo con una corta fuerza. El regimiento Mississipi entró inmediatamente en accion contra la infantería mejicana que habia ya flanqueado la posicion última de los contrarios. El segundo regimiento Kentucky y una seccion de artillería del capitán Bragg, se habia movido con anterioridad desde la derecha, á reforzar la izquierda, y llegó en el momento mas crítico. Este regi-

miento y parte del primero Illinois, mandado por el coronel Harden, contuvo el avance de las tropas mejicanas. Las baterías de los capitanes Sherman y Bragg, ocupaban sus posiciones en la plataforma y hacian un fuego certero y activo de cañon, no tan solo hácia su frente, sino con particularidad sobre las masas que habian logrado ganar la retaguardia. Descubriendo Taylor que una parte del ejército mejicano cargaba fuertemente sobre el regimiento Mississipi, envió á reforzarlo al coronel Lane con el tercer regimiento Indiana, para sostener aquella parte de su línea que formaba un ángulo perpendicular con la primera línea de batalla. Al mismo tiempo fué enviado el teniente Kilvol con un cañon de la batería del capitán Bragg para sostener la infantería que allí se batia. La accion se sostuvo por mucho tiempo, con igual denuedo, haciendo los mejicanos grandes esfuerzos para romper la línea contraria con su caballería; pero el terreno se oponia á ello, y viéndose acribillados por la metralla y las continuas descargas de fusilería, se colocaron en punto conveniente en espera de una oportunidad para volver á atacar.

1847. Entretanto una parte de las tropas mejicanas seguia avanzando á la retaguardia de la posicion norte-americana, por la parte baja de la montaña. Para contenerlas, el general Taylor colocó toda la caballería de línea y el escuadron de Arkansas del capitán Pike, á las órdenes del teniente coronel May, que pronto se unieron á los escuadrones de Kentucky y Arkansas, mandados por los coroneles Marshall y Yell. Al mismo tiempo que Taylor dictaba estas órdenes, mandaba tambien para

reforzar la izquierda que permanecía fuertemente amenazada, un destacamento del capitán Bragg, y parte de las baterías del capitán Sherman. Todos los fuegos de la artillería norte-americana estaban concentrados sobre las columnas mejicanas, en la parte baja de la montaña que era su última y mas fuerte posición. Esto, unido á las cortaduras y barrancas, contenía su avance. Taylor, á su vez, mandó al escuadrón número 1.º de dragones que cargase sobre los mejicanos, para ver si lograba ponerlos en dispersión, favoreciendo su movimiento por detrás de unos matorrales que lo podían ocultar: el escuadrón obedeció al punto; pero tuvo que volver grupas inmediatamente al recibir los disparos de una batería mejicana, situada acertadamente por Santa-Anna para tener, en caso necesario, cubierta la retirada. En aquellos instantes observó el general en jefe norte-americano, que un cuerpo de tropas mejicanas se reconcentraba sobre el terreno de su izquierda con el objeto, al parecer, de efectuar su bajada á la hacienda de Buenavista donde estaban depositados todos los trenes y bagajes del ejército de Taylor. Sin pérdida de tiempo mandó éste al coronel May para que con dos piezas de artillería de la batería del capitán Sherman, á las órdenes del teniente Reynol, marchase á sostener aquel punto. Como en el mismo sitio se hallaban las fuerzas norte-americanas que desbandadas en el ataque principal de aquel día se habían retirado á la hacienda de Buenavista, se logró reorganizarlas bajo la dirección del mayor Munroy, jefe de la artillería, asistido por el mayor Morrison, y fueron colocadas para defender la posición. Antes de que la fuerza de caballería enviada por Taylor

para defender Buenavista llegase á esta hacienda, ya se había presentado en ella una parte de la caballería mejicana mandada por el general Juvera. Sin embargo, los dragones de Kentucky y de Arkansas se encontraban allí situados, y se dejaron ver en forma de batalla. A una orden de carga, los mejicanos se lanzaron sobre la caballería norte-americana: ésta esperó serena carabina en mano, y á distancia de veinte pasos, disparó sus armas causando algunas muertes. Pero esto no detuvo á los que acometían, los cuales, arrojándose sable en mano sobre sus contrarios, después de una lucha reñida en que murió el coronel norte-americano Yeell y el ayudante de Vanghan de la caballería de Kentucky, joven oficial, según expresión de Taylor, que prometía grandes esperanzas, obligaron á sus contrarios á retirarse en dispersión, hasta refugiarse detrás de las casas en que estaba parapetada la fuerza de infantería. Al avanzar los mejicanos hasta los edificios, una lluvia de balas cayó sobre ellos, y viéndose acerbillados á la vez por cuatro piezas de artillería que 1847. flanqueaban su izquierda, tomaron parte de ellos por el depósito, de cuyo punto se les dirigía un fuego destructor, y la otra parte se retiró por la base de la montaña, sobre la izquierda de la línea norte-americana. En aquel momento, el teniente coronel May, á quien se le unieron el escuadrón 1.º de dragones y parte de las tropas de Arkansas é Indiana, se dirigió por la base de la montaña á contener el flanco derecho de los mejicanos, sobre cuyas masas, aglomeradas en estrechos desfiladeros, la artillería de los invasores operaba destructivamente. La batalla seguía, por otros puntos, con el mismo im-

petu con que habia empezado. La posicion de la parte del ejército mejicano que habia ganado la retaguardia de los norte-americanos, era en aquellos momentos sumamente crítica, y parecia imposible que pudiera volver á unirse con el cuerpo del ejército. «En este momento», dice Taylor, «recibí un mensaje del general Santa-Anna. »Inmediatamente envié al brigadier Wool, y dí mis órdenes para que cesase el fuego. Al llegar á la línea mejicana »Wool no pudo obtener que el enemigo contuviera su »fuego, y en consecuencia no tuvo efecto la entrevista.» Como esto, al leer el parte de Taylor, podria tenerse por una felonía de parte del general en jefe mejicano, preciso es decir que éste se encontró muy lejos de haber solicitado entrevista ninguna, y que Taylor fué engañado por el ardid particular de un oficial. Voy á referir el hecho como realmente pasó. En el ardor del segundo ataque dado por las tropas mejicanas, un oficial de la plana mayor, llamado D. José María Montoya, llegó á avanzar de tal manera, que se quedó revuelto entre los contrarios que se retiraban. Al verse solo, y para libertarse de que le hicieran prisionero, fingió ser parlamentario. Llevado á la presencia de Taylor, siguió desempeñando su fingido papel; y el general norte-americano, le dijo que volviese á su campo, enviando con él al brigadier Wool y á otro oficial de graduacion para que conferenciasen con Santa-Anna. Montoya logró desaparecer de los ojos de los comisionados y volver á donde estaban sus compañeros, antes de que Wool se acercase á la línea mejicana, y cuando se vió próximo á ella, se encontró con que le recibian á balazos. La batalla, en consecuencia, continuó.

1847. Taylor, que habia acariciado la idea de que la fuerza mejicana que se encontraba á su retaguardia seria destrozada, ó se veria precisada á rendirse, sin poderse reunir con el resto del ejército, opuso grandes fuerzas y obstáculos á su paso; pero «á pesar de nuestros »mayores esfuerzos», dice en su parte oficial, «logró »reunirse con él».

Arrojados los norte-americanos de sus primeras posiciones, y retirándose á otras para continuar la batalla, cesó el fuego parcialmente á eso de las doce del dia sobre el campo principal. Pero aquello no fué mas que un momento. El general Santa-Anna disponia un ataque decisivo; y á la vez que las divisiones se reunian para lanzarse á la lucha, dedicaba sus esfuerzos á la proteccion de la artillería. Taylor observaba todos los movimientos desde la plataforma de la posicion que ocupaba, y apenas se habia retirado un momento de ella, para dictar algunas órdenes, cuando se vió precisado á volver, al escuchar un vivísimo fuego de fusilería. Era que las columnas mejicanas avanzaban intrépidamente, despreciando el mortífero fuego que sobre ellas disparaban sus contrarios. Taylor dispuso sus batallones, que, en número de cuatro mil soldados, se adelantaron á resistir á los que acometian. El combate se hizo entonces mas sangriento que lo habia sido por la mañana. Una batería norte-americana de dos cañones, mandada por el capitán O'Brien, hacia estragos en las filas mejicanas, pero sin lograr desconcertarlas. Los mejicanos, queriendo dar pronto fin á aquella lucha, se lanzaron á la bayoneta sobre sus contrarios, que resistieron el empuje; pero acometidos con

nuevo brio, no pudieron resistir el choque, y al fin se vieron obligados á retirarse en desórden, dejando en poder de los mejicanos dos cañones y tres banderas. «Este momento», dice Taylor en el parte que dió á su Gobierno, «fué de lo mas crítico. El capitán O'Brien sostuvo hasta lo último, con sus dos piezas, esta fuerte carga, y se vió obligado á abandonarlas en el campo por hallarse derrotada toda la infantería que las sostenia.»

Los mejicanos continuaron en persecucion de los norteamericanos, hasta llegar al pié de otra formidable posición, donde se detuvieron, porque el terreno era allí de lo mas fragoso. Al verles detenerse, el segundo regimiento Kentucky, sostenido por una fuerte batería del capitán Bragg, avanzó resueltamente; pero «avanzó», dice Taylor, «mas allá de lo que ciertamente debia, y fué rechazado por la caballería mejicana, que lo estrechó considerablemente, tomando por unos matorrales que conducian á la batería del capitán Washington». En estos últimos ataques murieron el coronel norteamericano Hardin, del 1.º Illinois, el de igual graduacion Mc. Kee, y el teniente 1847. coronel Clay, del segundo regimiento Kentucky. Muchos de los que se hallaron en aquella batalla creen que la derrota de Taylor hubiera sido completa, y que no se le hubiera dado lugar á hacer alto en la última posición, si el general Miñon hubiera aparecido por la retaguardia de los norteamericanos en los instantes en que huían perseguidos por las tropas mejicanas. «Este esfuerzo», dice Santa-Anna en su parte al Gobierno, «hubiera sido decisivo, á lo que comprendo, si el general Miñon hubiese concurrido á la batalla por la retaguardia del

»enemigo.» Pero ¿podia hacerlo? El historiador, que no puede condenar sin tener pruebas que patenten las faltas de un individuo, está obligado á presentar los hechos sin prevencion ninguna, libre de toda pasion política y de toda parcialidad. El general Miñon, durante aquel dia, se dirigió al elevado llano del Saltillo y ocupó el camino desde esta ciudad al campo de batalla. Su objeto sin duda fué impedir que de la plaza saliesen refuerzos, ó efectos de guerra, á la vez que interceptar los correos. Esto último lo consiguió varias veces. Miñon se aproximó cuanto le fué posible á la ciudad; pero el capitán Webster le hizo fuego desde el reducto que ocupaba, y entonces se dirigió hácia la parte Este del valle, oblicuando sobre Buenavista. En estos momentos el capitán Shover se adelantó rápidamente con una pieza de artillería, sostenida por una fuerza de voluntarios de caballería, y haciendo un certero fuego de cañon sobre la caballería de Miñon, hizo que detuviera su avance. A las tropas norteamericanas que trataban de oponerse al paso del general Miñon, se agregaron otras de artillería del capitán Webster y una compañía de voluntarios de Illinois que habia avanzado desde el reducto. El general Miñon, para evitar los estragos de la metralla, hizo que su gente se colocase en unos matorrales que conducen á la parte baja del valle; allí dió las órdenes necesarias á sus oficiales para atacar por los puntos mas convenientes á sus contrarios, y saliendo con ímpetu, se arrojaron sobre éstos con extraordinaria decision. Pero la artillería norteamericana y su infantería ocupaban un terreno en que la caballería no podia obrar, y despues de una lucha empeñada, Miñon

volvió á su puesto sin alcanzar su objeto. Reunida otra vez su gente, acometió por segunda vez á sus contrarios, pero tambien sin éxito. «Miñon», dice Taylor, «hizo dos »tentativas cargando sobre la artillería, pero al fin fué »rechazado.» Estas palabras *al fin*, dichas por Taylor que en su parte revela una franca y sincera ingenuidad, prueban que la lucha trabada entre la caballería de Miñon y la fuerza norte-americana fué tenaz. Con este precedente, nos basta para juzgar que si el general Miñon no acudió en los instantes ventajosos para las tropas mejicanas, por la retaguardia del ejército de Taylor, no puede atribuirse á falta de valor, toda vez que acababa de mostrar lo contrario, sino á causas importantes y á obstáculos insuperables. Con efecto, además de tener que vigilar sobre el Saltillo para evitar una salida de la guarnicion en auxilio de Taylor, y de la fragosidad del terreno para caer sobre la retaguardia, Miñon se veia detenido en su

1847. marcha por una fuerza norte-americana de mil hombres con seis piezas de artillería, que el general Taylor situó en sitios ventajosos para impedir que avanzase.

Pero volvamos á las columnas mandadas por Santa-Anna. Despues de haber arrojado de sus formidables posiciones á las tropas de los Estados Unidos, y de perseguirles á la bayoneta hasta el pié de su última posicion, hicieron alto. Eran las seis de la tarde: hacia doce horas que los mejicanos, sin haber tomado alimento, se batian subiendo cerros, saltando barrancas y desalojando de sus fuertes posiciones á las tropas norte-americanas: veian tendidos sobre el campo cerca de seiscientos muertos de sus com-

pañeros y mas de mil heridos: la noche se acercaba, y era preciso darlas algun descanso: ocupaban el terreno del que, á costa de tanta sangre, habian arrojado á sus contrarios; ostentaban por triunfo de aquel dia tres cañones y tres banderas quitadas á sus enemigos, y esta victoria era suficiente por entonces.

Santa-Anna, viendo que la noche entraba y que no era prudente emprender una nueva batalla en aquellos instantes, ordenó que cesase el fuego; y al estruendo de la artillería y al fragor del terrible combate, siguió el imponente silencio interrumpido solamente por el quejido de los desgraciados heridos que en número considerable habian quedado en las profundas barrancas. El ejército mejicano dejó con los hechos de ese dia una página honrosa de valor, de sufrimiento y de acendrado patriotismo en la historia. Puede decirse que excedió á cuanto debiera esperarse de cualquier ejército: apenas tenia, en su mayor parte, tres meses de haberse formado; no tenia adquirida aun la disciplina militar; su reclutamiento se habia hecho por medio de la leva; habia hecho una marcha de cien leguas por medio de un desierto en que no se encontraba agua; habia entrado al combate sin haber descansado y sin tomar alimento, y habia tomado posiciones formidables despreciando el fuego de artillería y desalojando á la bayoneta de sus posiciones á un contrario que se defendió verdaderamente con heroicidad. Respecto de los jefes y de la oficialidad no se pudieron conducir con mas valor. Santa-Anna se halló en los sitios mas peligrosos; los generales D. Francisco Perez, D. Manuel Micheltorena, D. Francisco Mejía, D. Julian Juvera, Don

Anastasio Torrejon, D. Francisco Pacheco, D. Pedro Ampudia, D. Santiago Blanco, Lombardini y otros muchos manifestaron su bizarría dirigiendo á sus soldados al combate; los coroneles D. Juan Baneneli, D. Domingo Gayoso, D. Francisco Güitian, D. Joaquín Orihuela y cien mas se hicieron notables por su arrojo; así como los comandantes D. Lorenzo Perez Castro, D. Felipe Jicotencal, D. Francisco Rocha, etc.; y entre los capitanes D. José María Olvera, D. Ignacio Gil, D. Luis Osollo y D. Leonardo Marquez. De este último, por haber figurado despues de una manera marcada en la política de Méjico, voy á copiar lo que dijo de él, en su parte, el jefe á cuyas órdenes combatió en ese dia. «Merece», ponía, «un lugar distinguido en esta recomendacion, el capitan de tiradores D. Leonardo Marquez, quien se condujo con todo el entusiasmo y valor de un bizarro.»

1847. La llegada de la noche, como dicho queda, detuvo á los mejicanos, sin que se emprendiese un ataque sobre la última posicion de los norte-americanos. «Esto» (la llegada de la noche), dice Taylor, «nos proporcionó la oportunidad de dedicar nuestra atencion á los heridos y procurar tambien el refresco á la tropa, que se hallaba ya exhausta por tantas vigiliass y combates.» Esta necesidad de descanso, manifestada por Taylor respecto de su ejército, que no habia sufrido mas que durante la batalla, puede dar al lector una idea de lo fatigado que estaria el soldado mejicano que, sin detenerse á tomar aliento de su larga marcha, entró en el combate, asaltando las posiciones de sus contrarios. «No obstante», añade Taylor, «que la noche era sumamente fria, la tropa, en

»su mayor parte, se vió precisada á vivaquear sin fuego, esperando que la mañana siguiente veria renovarse el conflicto.»

Durante la noche los norte-americanos condujeron los heridos al Saltillo, y se hicieron todos los preparativos necesarios para esperar el combate del siguiente dia. Siete compañías de refresco se sacaron de la ciudad, y el brigadier Marshall, que habia hecho una marcha forzada desde la Rinconada con un refuerzo de caballería de Kentucky y cuatro piezas de grueso calibre, á las órdenes del capitan Prentiss, del primer regimiento de artillería, reforzó el campo de batalla. Estos preparativos y las palabras consignadas por Taylor de que la tropa vivaqueó sin fuego, esperando que la mañana siguiente *veria renovarse el conflicto*, dejan traslucir lo mucho que temian un nuevo ataque.

Apareció la aurora del 24. Taylor miró al sitio ganado el dia anterior por el ejército de Santa-Anna, y no alcanzó á ver mas que los heridos y los muertos que se hallaban tendidos en el campo. Las tropas mejicanas, por orden de su general en jefe, se habian retirado del campo durante la noche. Taylor, que temia haber sido atacado con el vigor del dia anterior y cuya derrota hubiera hecho cambiar la faz de los asuntos de Méjico, apenas se atrevia á dar crédito á la desaparicion del ejército mejicano, y envió inmediatamente espías para indagar á dónde se habia dirigido. Pronto supo que se habia retirado á Agua Nueva, pero no se atrevió á marchar en su persecucion. «El cansancio de nuestra tropa», dice en su parte al Gobierno de Washington, «hacia muy peligroso

é imprudente el tratar de perseguirle.» Estas pocas palabras expresan mas que cuanto se pudiera decir, el alto concepto en que en la opinion de Taylor habian quedado las tropas mejicanas, y la debilidad ó falta de fe que en las suyas habia advertido para el ataque decisivo que creyeron sostener aquel dia. Pero el que pocas horas antes habia temido ser vencido, ahora se juzgó vencedor, y para envanecerse de ello, le bastó haber permanecido en actitud hostil en la última de sus posiciones. Santa-Anna, por su parte, se creyó con justo derecho á publicar que la victoria la habian alcanzado sus tropas: los cañones y banderas quitados á sus contrarios; el haberles desalojado de sus posiciones, y el haber permanecido en los puntos de donde le habia arrojado, eran testimonios que presentaba como prueba incontestable del 1847. triunfo. Lo que hay de cierto es que las armas mejicanas vencieron en todos los encuentros á sus contrarios; y que habiendo alcanzado tres triunfos brillantes, no acabaron de completar una victoria absoluta. Para esto hubiera sido preciso atacar y apoderarse del último punto en que se habian situado las tropas de Taylor; pero no habiéndose emprendido ese ataque, que es de suponerse hubiera sido no menos feliz para las armas mejicanas que los anteriores, el éxito de la batalla, despues de tantos triunfos parciales, despues de arrojar á los invasores hasta su último punto de defensa, fué de tristes consecuencias para Méjico. Solo faltaba dar un paso para alcanzar un triunfo completo. Las tropas mejicanas y su oficialidad, que se habian batido con admirable bizarría, anhelaban darlo para arrojar de su última posicion á los

contrarios; pero el general D. Antonio Lopez de Santa-Anna, con asombro de todo su ejército, dió la orden de retirada con no menos disgusto de sus tropas que con asombro de sus contrarios. El valor que habia mostrado durante el combate, presentándose en los sitios de mas peligro, despreciando el fuego de cañon y de fusilería de los contrarios; las palabras entusiastas dirigidas á sus soldados animándoles al combate y la intimacion hecha al enemigo antes de empezar la lucha para que se rindiera, hacian esperar que despues de las ventajas conseguidas arrollando á los invasores hasta su última posicion, atacaria ésta para coronar la empresa. ¿Por qué, pues, cuando todo parecia preparado para alcanzar un triunfo completo no continuó el dia 24 la batalla empezada el 22 y 23 con el brillante éxito que referido queda? ¿Por qué cuando el triunfo completo parecia esperarle, abandonó á sus contrarios el campo de donde les habia arrojado á costa de tanta sangre? Santa-Anna, despues de pintar las fatigas, el hambre y las penalidades del ejército desde San Luis al sitio del combate que se emprendió sin darle descanso y sin que tomase alimento, pone como causal de su retirada estas palabras en el parte oficial enviado al ministro de la Guerra. «La tropa »sufrió una fatiga durante dos dias, combatiendo y al fin »triunfando. Con todo, las fuerzas físicas estaban apuradas: esta certeza y la obligacion en que me hallaba de »atender á tanto número de heridos, me decidieron, despues de haber permanecido algunas horas en el campo »de batalla, á situarme en Agua Nueva, para atender »allí á la reparacion y alivio del soldado.»